

**FUNERAL POR EL ETERNO DESCANSO
DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
Córdoba, Catedral, 5,IV,2005**

2 Tim 4,6-8; Sal 22,1-3a.3b-6; Jn 21,15-19

1. El Señor nos ha convocado en esta tarde para compartir con nosotros la mesa de su Pan y de su Palabra y para encomendar a la piedad de Dios el eterno descanso del Papa Juan Pablo II, fallecido en las primeras vísperas del Domingo de la Divina Misericordia, confortado por la cercanía del Señor, el afecto y la plegaria de los católicos de todo el mundo y el respeto de millones de hombres y mujeres de buena voluntad. La Palabra de Dios, que alimenta la fe y alienta la esperanza, conforta también en esta hora nuestros corazones. Al Papa Juan Pablo II se le pueden aplicar con toda propiedad las palabras que San Pablo, anciano, enfermo y prisionero, escribe en las vísperas de su muerte a su fiel discípulo Timoteo: *"He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mi, sino a todos los que tienen amor a su venida"* (2 Tim 4,9).

Nuestro dolor por la separación del padre, del maestro, del Papa amigo, se entremezcla con la alegría profunda, que nace de la certeza de que el Santo Padre Juan Pablo II está ya en los brazos de Dios, descansando de sus trabajos y de sus tremendos sufrimientos físicos de los últimos años, contemplando la infinita hermosura del rostro de Dios, allí donde no hay muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor (Apoc 21,4), sino solamente una gran luz, la luz que destella el Resucitado. En las horas finales de la octava de Pascua, el Papa se ha incorporado definitivamente a la Pascua de Cristo, se ha encontrado ya con el

Señor, en quien ha creído y esperado, a quien ha anunciado por doquier y por quien ha trabajado como primer obrero de la viña que es la Iglesia. No dudo que Jesucristo, Buen Pastor, rabadán del rebaño y jefe de los pastores (1 Ped 5,4), al que ha representado como Vicario en la tierra, lo habrá llevado ya a las verdes praderas y a las fuentes tranquilas de su Reino para reparar sus fuerzas quebrantadas (Sal 22,2-3).

2. En esta tarde, nuestra Iglesia diocesana, una representación cualificada de su presbiterio, de la vida consagrada y de los laicos, las autoridades y el Obispo, en la Iglesia Catedral, madre de todas las Iglesias de la Diócesis, damos gracias a Dios por el don precioso que regaló a su Iglesia aquel memorable 16 de octubre de 1978, por este pontificado excepcionalmente dilatado y grande, probablemente el más grande en la historia dos veces milenaria de la Iglesia. Dios, que no abandona nunca la nave de su Iglesia y la dirige invisiblemente por la acción de su Espíritu, nos regalaba en esa tarde un Papa providencial, un Papa según el corazón de Dios, el Papa que la Iglesia necesitaba en esta hora del mundo *"magnífica y dramática, magnífica y atormentada"* al mismo tiempo, como la calificara el Concilio Vaticano II.

3. En los últimos días se han escrito miles y miles de páginas sobre Juan Pablo II y el servicio que en estos años ha prestado a la Iglesia y al mundo. Se le ha calificado como campeón del ecumenismo, pues no ha regateado esfuerzos a la búsqueda de la restauración de la unidad querida por Cristo para su Iglesia. Se han recordado también sus iniciativas audaces en el campo del diálogo interreligioso, convencido de que la Iglesia es en el mundo sacramento de la unidad de todo el género humano (LG 1). En una época de marcado relativismo ideológico, ha sentido la necesidad de restaurar las certezas sobre las verdades fundamentales y de iluminar

con su Magisterio los más variados temas del dogma y de la moral, prestando así un espléndido servicio a la fe. El fruto más granado de este esfuerzo ha sido el *Catecismo de la Iglesia Católica*, auténtico compendio de la doctrina católica y verdadero *vademecum* para todo fiel cristiano que quiera hoy conocer y vivir las verdades fundamentales de la fe. En su solicitud por todas las Iglesias, Juan Pablo II ha visitado la mayor parte de los países del mundo para anunciar a Jesucristo y confirmar a sus hermanos en la fe, dando así al pontificado una proyección verdaderamente mundial.

4. No es posible olvidar su cercanía a los jóvenes, con los que ha establecido a lo largo y ancho del mundo una comunión sin precedentes, a pesar de que el suyo ha sido un liderazgo exigente y nada halagador. No es posible soslayar tampoco su fecundo Magisterio sobre el papel de los laicos en la vida de la Iglesia, su doctrina sobre el sacerdocio y la vida consagrada, sobre nuestra identidad y misión y las raíces sobrenaturales en las que debe sustentarse nuestro ministerio y nuestra consagración. Juan Pablo II, junto con Juan XXIII y Pablo VI, ha sido el Papa del Concilio, propiciando su interpretación más auténtica y genuina y señalándonos el eje por el que debe discurrir la verdadera renovación de la Iglesia querida por el Concilio y soñada por sus dos predecesores, que no es otro que el camino de la santidad.

5. Pero, sobre todo, en esta tarde quisiera subrayar, queridos hermanos y hermanas, dos claves, dos pilares, dos focos que iluminan, explican y definen la figura y el pontificado de Juan Pablo II, que nos marcan los caminos para vivir en plenitud nuestra vocación cristiana. Estas claves no son otras que Jesucristo y el hombre, palabras emblemáticas que figuran en el título de su primera encíclica, *Redemptor hominis*, palabras programáticas que aparecen ya en su primer mensaje a la Iglesia y al mundo en la misma tarde de

su elección." *¡No tengáis miedo* -nos dijo en aquella tarde memorable-. *Abrid las puertas a Jesucristo. Sólo El puede salvar al hombre!*".

6. Acabamos de escuchar en el evangelio el intenso diálogo de Jesús resucitado con Pedro en la ribera del mar de Galilea. El Señor pregunta por tres veces a Pedro: "*Simón, hijo de Juan, me amas más que estos?*" y por tres veces Pedro responde: "*Sí Señor, tú sabes que te quiero*" (Jn 21,15-17). Con este triple examen de amor, Jesús quiere que aquel que va a ser el Pastor Supremo y la piedra fundamental en el edificio de la Iglesia, se distinga especialmente por su amor a Él. Como sucesor de Pedro, Juan Pablo II ha vivido inmerso en ese amor. Jesucristo, "*centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones*", en expresión feliz del Concilio Vaticano II (GS 45), ha sido su razón de ser, la clave de bóveda de su existencia. Su amor apasionado a Jesucristo, cultivado en la oración, en la intimidad y en la unión con Él, ha sido el venero fecundo de toda su vida y actividad. Quienes hemos tenido el privilegio de contemplar al Papa rezando muy de mañana en su capilla privada, hemos podido comprobar con emoción su capacidad de interioridad, su capacidad para abstraerse, abandonarse y centrarse sólo en Dios, conscientes de que estábamos contemplando la oración de un santo.

En el amor apasionado a Jesucristo, en su vida interior, en su experiencia de Dios, ha sustentado el Papa la fe profunda que se ha traslucido en estos años en sus palabras y en sus gestos. En su amor apasionado a Jesucristo ha sustentado Juan Pablo II su fuerza interior y la entrega agónica de su vida al servicio del Evangelio y de la Iglesia, que se ha convertido en los últimos años en la catequesis más persuasiva y convincente sobre cómo debe ser la oblación sin límites de nuestra propia vida al servicio de lo que creemos, amamos y

esperamos. Como escribiera el Cardenal Joseph Ratzinger, con su vida y testimonio, Juan Pablo II nos ha legado en los diez últimos años la más bella de sus encíclicas: la del sufrimiento y la cruz aceptados por amor al Señor y en solidaridad con todos los que sufren, desde la conciencia de su deber de Supremo Pastor vivida heroicamente.

7. En los instantes finales de la V Visita Apostólica del Papa a España, en la tarde del domingo día 4 de mayo, mientras el Santo Padre estaba recibiendo a la Familia Real en la Nunciatura Apostólica de Madrid, instantes antes de que saliéramos camino de Barajas, un alto funcionario español me decía que el rasgo que más le conmovía del Santo Padre era la autenticidad de su testimonio, autenticidad que sólo los santos saben transmitir. Yo recordé entonces la frase de Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, que Juan Pablo II reproduce en la encíclica *Redemptoris Missio*: "*El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros, cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y en los hechos que en las teorías*" (n. 42).

Desde el pilar firmísimo de su amor a Jesucristo, desde la oración y la vivísima comunión con Él, Juan Pablo II ha predicado aquello que creía y ha vivido aquello que ha enseñado; y eso lo han percibido católicos y no católicos. De ahí el especial atractivo que ha ejercido entre los jóvenes, a los que invitaba en su última Visita a España a amar apasionadamente a Jesucristo por los caminos de la "... contemplación... de la interioridad fecunda, gozosa y enriquecedora". "Sólo... viviendo la experiencia del amor de Dios", "la ayuda de la oración y... una amistad íntima con Cristo", podremos "*ser los constructores de un mundo mejor, auténticos hombres y mujeres pacíficos y pacificadores*".

8. La contemplación del rostro de Cristo nos debe llevar indefectiblemente al descubrimiento del semblante divino del hombre. Ese ha sido el caso del Papa y esa es la raíz de su servicio incondicional al ser humano y a su irrenunciable dignidad, defendida con el coraje que brota del amor de Dios. Desde la fidelidad a esta certeza, con la elocuencia de las obras y también con su riquísimo Magisterio social, Juan Pablo II se ha acercado a los pobres, poniéndose de su parte y en su lugar. Se ha acercado a los jóvenes, a las familias, proclamando el evangelio del matrimonio y de la familia; se ha acercado a los trabajadores, defendiendo la primacía del trabajo sobre el lucro y el beneficio; se ha acercado a los inmigrantes, instándonos a todos a favorecer su acogida e integración. Como el Buen Samaritano, se ha abajado hasta la postración de los pueblos del hemisferio sur, crucificados por el hambre, las epidemias y el analfabetismo, reclamando una ayuda efectiva de los países ricos para que puedan emprender su propio desarrollo. Juan Pablo II ha defendido valientemente la dignidad sagrada de la persona humana, imagen de Dios, sus derechos inalienables, la dignidad de toda vida, desde su concepción hasta su ocaso natural, y la causa de la paz en el mundo, obra de la justicia y fruto del diálogo y la colaboración entre los pueblos, considerando la guerra como el supremo fracaso de la humanidad.

En su última Visita Apostólica, el Santo Padre nos invitaba a los católicos españoles a *"aportar valores y compromisos sustanciales para la construcción de un mundo más justo y solidario"*; a ser, *"instrumentos de la ternura de Dios hacia las personas solas y necesitadas de amor, de consuelo y de cuidados en su cuerpo y en su espíritu"*. Al mismo tiempo, desde su propia experiencia vital nos decía que *"vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos!"*.

9. Este es el servicio insobornable y coherente de Juan Pablo II a la humanidad y a la verdad del hombre y éste es el legado y testamento precioso que nos deja en su tránsito: Cristo y el hombre, anverso y reverso de la misma moneda, pues sólo Cristo, el Hombre nuevo, *"manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación"* (GS 22).

Termino ya pidiéndoos a todos que recéis por la Iglesia, huérfana en estos días de su Padre y Pastor, confiando en la promesa del Señor que sigue estando con nosotros todos los días hasta la consumación del mundo (Mt 28,20). Rezad también por el Papa. Ponedlo en las manos maternales de María, a la que se consagró siendo niño y en cuyas manos puso su sacerdocio, su episcopado y su ministerio de Supremo Pastor. Pedid también a la Virgen que bendiga a la Iglesia y a todos nosotros nos aliente para que vivamos con gozo cada día renovado la comunión profunda e intensa con el Señor de nuestras vidas. En este manantial vivificante se alimentará y se renovará incesantemente nuestra mutua comunión fraterna, nuestro servicio a la causa del hombre y nuestro compromiso en la construcción de la nueva civilización del amor. Así sea.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Obispo de Córdoba